

2010: El grano y la paja

Alfredo Pastor

13.1.2010

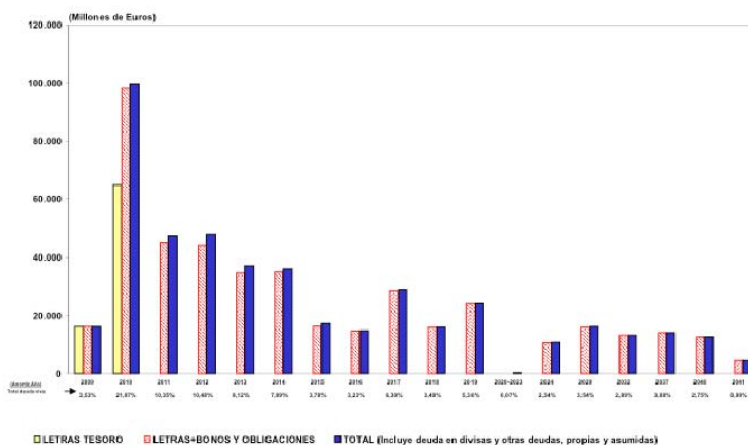
Empezamos el año acribillados de predicciones y augurios ominosos sobre la economía española. Nos lo hemos buscado: si no hubiéramos andado presumiendo de estar adelantando a Italia y a punto de alcanzar a Francia, ahora no ser reírían tanto de nosotros. Estos ataques de lo que en hebreo se llama *chutzpah*, y aquí sencillamente chulería, no son nuevos: allá por 1992, en puertas de los Juegos Olímpicos y de la Exposición Universal, queríamos ser miembros, por lo menos, del G-7: el batacazo de 1993 nos puso en nuestro sitio, como lo está haciendo la crisis actual. Reconstruir nuestra maltrecha reputación internacional requerirá la misma paciencia, y no menos tiempo, que recuperar nuestro crecimiento. Pero vayamos al grano: todas esas predicciones son verosímiles, pero casi ninguna es inevitable; que se verifiquen o no depende de nosotros, en algunos casos, pero en otros no podemos hacer nada.

¿Un Estado insolvente?

Muchos de los augurios se centran en las finanzas públicas, y pronostican una quiebra generalizada del Estado. Por fortuna, los datos son menos catastróficos: en Octubre de 2009, la deuda bruta total del Estado ascendía a 455 miles de millones de euros, un 43,5% del PIB; algunos estimaban el total de la deuda reconocida de las Administraciones públicas en algo más del 55%, un porcentaje inferior al de la mayoría de Estados de la Unión Europea. El gráfico muestra, además, que, si logramos refinanciar parte de esa deuda en 2010 (donde vencen casi cien mil millones) el total puede ser devuelto en plazos asequibles.

La situación de nuestro endeudamiento externo es peor: ascendía, en Junio de 2009, a 1,7 billones de euros, un 170% del PIB: sin embargo, menos del 15% del total era deuda pública: el resto era deuda privada, un 46% de entidades financieras y un 27% de otras entidades residentes. Esta cifra es, casi en su totalidad, el reflejo de los déficits exteriores acumulados durante los años anteriores, y no se debe a la actividad del Estado: irla devolviendo requiere un esfuerzo de particulares y empresas por gastar menos de lo que ingresan. Es el ajuste que todos sabíamos iba a ocurrir, tarde o temprano. Una quiebra del Estado no es, pues, ni mucho menos inevitable; aunque el volumen de deuda privada hace prever un largo período de estrechez, con la posibilidad de algún susto, por subidas de los tipos de interés o por un endurecimiento de las condiciones de financiación de nuestras entidades.

DEUDA DEL ESTADO : PERFIL DE VENCIMIENTOS DEUDA VIVA A 31.10.09



Página 1 de 1

Perfil de vencimientos de la deuda del Estado

Fuente: Dirección General del Tesoro

Deudas ocultas

Muchos señalan que las cifras oficiales no dejan ver que la Administración en su conjunto ha incurrido en obligaciones, frente al sector privado, muy superiores a las que aparecen en las estadísticas. El volumen de esas deudas no parece que vaya a poner en entredicho la capacidad financiera del Estado; pero su existencia hace ver la incapacidad de la Administración de ejercer un control efectivo sobre sus gastos totales, y esto (que es consecuencia a menudo de la legislación, y no de la acción del Gobierno) es malo en sí, y revela que, incluso en años de bonanza, algunas administraciones han gastado mucho más de lo que razonablemente debían. El sector público, que a menudo considera lo que es simple morosidad como una innovación en sus métodos de pago, ha contribuido a exagerar el gasto en los años buenos, y se está obligado a contraerlo justo cuando hacía más falta: la situación de la licitación de obra pública es buena muestra de ello.

Por desgracia, su comportamiento puede considerarse irresponsable, pero no irracional, porque no hace sino responder a los incentivos del momento: ingresos de los Ayuntamientos, réditos electorales de las obras públicas, beneficios para constructoras e inmobiliarias... y todos saben que su comportamiento quedará impune. Ésta es, sin duda, la parte del “modelo productivo” que la política debería preocuparse en cambiar, en lugar de perder el tiempo tratando de adivinar cuáles van a ser los sectores del futuro. Eso ya lo hace, mejor o peor, el sector privado.

Productividad ¿de quién?

Para ir devolviendo lo que debemos al exterior, nuestros bienes y servicios han de ser atractivos para nuestros acreedores. Se trata de recuperar la competitividad perdida; la forma menos dolorosa es mediante el aumento de la productividad. Para ello no basta con que el trabajador trabaje más: la productividad no es sólo el fruto de las ganas de

trabajar, sino también del entorno en que se trabaja, de los productos que se producen y de los medios con que se fabrican, y éstas son responsabilidades del empresario. (Por ejemplo, hay estudios que sugieren que los trabajadores inmigrantes están a menudo sobrecualificados para las tareas que desempeñan: esto sugiere que no ha sido la calidad de la mano de obra la responsable de otorgar a la construcción el peso que ésta ha cobrado en nuestro PIB). Como el aumento de la productividad no puede prescindir de un aumento de la inversión, recuperar el equilibrio de nuestras cuentas requiere recuperar la iniciativa empresarial, naturalmente disminuida por el susto de la crisis. El que se haya alejado la eventualidad de un colapso del sistema financiero global, que planeó sobre la economía mundial durante el primer trimestre del año pasado, ha supuesto un cambio en el escenario empresarial: la incertidumbre reinante después de la caída de Lehman, en Septiembre de 2008, ha dado paso al riesgo, que es un ingrediente habitual en las decisiones del empresario. Si la parálisis de la inversión era la respuesta racional a la situación de incertidumbre, ya no lo es frente al riesgo.

Expectativas y grado de confianza

No vamos a hacer predicciones, en vista del éxito que suelen tener. Pero es difícil no pensar en un largo período de crecimiento lento: la deuda de las familias, la carga de los activos inmobiliarios en los balances bancarios y la lentitud con que aumentos de la inversión y programas de formación se traducirán en aumentos de la productividad son lastres demasiado pesados para imaginar que vayamos a recuperar un crecimiento satisfactorio en poco tiempo. Es probable, aunque ni mucho menos seguro, que en el camino pasemos por momentos difíciles en el terreno financiero. Pero no parece que estemos frente a obstáculos insuperables.

No basta con que las expectativas vayan mejorando: es necesario que aumente la confianza con que esas expectativas se mantienen, y nadie puede sustituir al gobierno en esta función. A juicio, el gobierno debería manifestar sin rodeos que ve la crisis como lo que es: algo que tiene serias consecuencias, pero que está en nuestras manos superar. Y debe ser consecuente con esta actitud: la multiplicidad de iniciativas, la dispersión de propuestas, la atención prestada a otros asuntos, que hoy aparecen como menos urgentes, no sirven más que para dar la impresión de inconsistencia, de desorientación y, en el fondo, de incompetencia.

La década perdida

Supongamos que, durante unos años, los que tardaremos en volver a respirar con holgura, cada cual se limita a hacer su trabajo, y a dejar que los demás hagan el suyo; si esto es así, a la salida del túnel estaremos de acuerdo en que los años que vienen constituirán una década ganada: la perdida fue la que dejamos atrás con el comienzo de la crisis.
